



THE JESUIT CURIA IN ROME
The House of the Superior General



P. General Arturo Sosa, SJ

Encuentro con educadores

LA EDUCACIÓN JESUITA HOY

Discurso y preguntas del conversatorio

Colegio San Calixto

La Paz, Bolivia

18 de julio de 2018

Estimados educadores, educadoras y demás amigos y amigas presentes.

Tengo ante mis ojos no solo a ustedes, sino a las miles de personas que conforman la labor educativa confiada a la responsabilidad de la Compañía de Jesús en Bolivia, en articulación y colaboración con instituciones del Estado, congregaciones religiosas y tantas otras instituciones que también se empeñan en brindar una educación de calidad a este pueblo boliviano en la riqueza de su diversidad. Como dijo el padre Provincial, P. Osvaldo Chirveches, en su saludo inicial, la educación es una de las dimensiones del apostolado de la Compañía en todo el mundo que tiene una especial significación.

Tengo ante mis ojos especialmente a los niños y niñas, adolescentes y jóvenes que frecuentan las aulas, cursos de formación, programas educativos, pero también a sus familias, sus papás y mamás que confían la educación académica de sus hijas e hijos a nosotros y que, juntos, tratamos de darles y ofrecerles a todos ellos una formación humana integral.

Veo a las maestras y a los maestros que con generosidad han asumido la labor educativa como verdadero apostolado, como su aporte principal a la construcción de una sociedad más humana y más cercana, más concorde con el proyecto de Dios. Veo a los cuerpos directivos que asumen los retos, nada fáciles, de orientar, coordinar, animar a las comunidades educativas en su labor diaria, contando con el apoyo de los equipos técnicos y de soporte en tantas áreas, sin cuyo trabajo conjunto nuestras instituciones no pueden alcanzar su meta y sus ideales.



Es una multitud de personas, son rostros de vida mirando hacia el futuro con esperanza, como corresponde a nuestra fe, porque la labor educativa es fundamentalmente una apuesta esperanzada por el futuro. Se siembra con mucha generosidad y con gratuidad porque en educación lo que se ofrece es lo que cada quien es, como el sembrador de la parábola del Evangelio, pero los frutos más sabrosos y maduros serán cosechados en un futuro que, lo más seguro, no le toque al sembrador conocer. Un futuro que nosotros ni tampoco nuestros estudiantes hoy en día se pueden imaginar. Igual que nosotros cuando éramos estudiantes no podíamos imaginar el mundo en el que vivimos hoy. Recordamos la sabiduría del pueblo que Jesús asume como suya al decir: *uno es el que siembra y otro el que cosecha*¹. Somos sembradores. ¡No nos cansemos nunca de sembrar!

Educadores, mensajeros de la Esperanza

Quisiera compartir con ustedes una reflexión sobre ese futuro esperanzado, cómo la esperanza y la transformación social están vinculadas con la educación que queremos ofrecer. La Congregación General 36 de la Compañía de Jesús, reunida en octubre y noviembre de 2016, nos confirmaba haciendo *una llamada a toda la Compañía a renovar nuestra vida apostólica tomando como base la esperanza. Necesitamos más que nunca ser portadores de un mensaje de esperanza que nazca de la consolación de habernos encontrado con el Señor resucitado, esta es la renovación central de la esperanza que se refiere a todos nuestros apóstolados*.²

Por eso me parece importante subrayar en este día que el apostolado educativo es fundamentalmente movido por la energía de quienes tienen una mirada que alcanza el futuro haciendo real en su vida la virtud de la esperanza. Podríamos decir que un educador de una institución de la Compañía de Jesús es un mensajero de la esperanza. Los que vivimos en y desde la esperanza no somos ingenuos ni ajenos a la realidad ni a los retos que esta realidad en la que vivimos nos presenta. Hay cuestiones fundamentales que nos hacen reflexionar mucho; por ejemplo, la erupción de las nuevas tecnologías, que además de ser instrumentos cada vez más importantes en el día a día de las sociedades, van también como creando un nuevo tipo de ser humano que capta la realidad desde nuevas perspectivas. Lo que estamos viviendo no es solo una revolución tecnológica, es un cambio no solamente de época histórica, es un cambio de antropología, es un cambio del modo como los seres humanos vivimos, es un cambio del hábitat en el que vivimos. Hoy vivimos en un mundo que algunos llaman “el ecosistema digital”.

Esa nueva realidad que llega a todas partes, cada vez con más intensidad, en la cual se van formando las nuevas generaciones -los “nativos digitales” los llamamos- que son quienes llegan a nuestras instituciones educativas. Ellos nos piden una reflexión seria, profunda, fundamentada, pero sobre todo esperanzada. Una reflexión que pueda colocarnos mejor en nuestra condición pedagógica, aprovechando lo mejor de lo que solemos llamar “la pedagogía

¹ Jn 4,37

² CG 36, d.1 n. 32



ignaciana”, en diálogo con las nuevas corrientes pedagógicas que también intentan dar respuestas a los nuevos tiempos con nuevos métodos.

A esas respuestas no se llega fácilmente, primero, porque los cambios son relativamente recientes y se procesan a un ritmo muy acelerado, lo que dificulta que vayan acompañados de una reflexión amplia y profunda, la cual siempre pide tiempos más largos. Una primera tensión que nos encontramos es esta, la siembra necesita caer en tierra y necesita tiempo para madurar, sin embargo, vivimos en tiempos tan acelerados que dificultan esos ritmos.

Segundo, porque muchas veces nos cuesta dejar nuestra zona de confort, actuamos *cada maestrillo con su librillo*, nos cuesta salir del terreno que ya conocemos, en el que nos sentimos seguros y nos sentimos bien. Cuesta mucho arriesgarnos a lo nuevo, lo desconocido, lo que quizás sentimos incluso como amenaza.

Tercero, porque sabemos que tenemos una riqueza en nuestra tradición educativa y no la queremos perder. Las muchas experiencias y el rico conocimiento de la humanidad que se ha elaborado a lo largo de tantos siglos en nuestra tradición pedagógica es un tesoro, y es un tesoro que queremos mantener -es verdad-, y lo queremos hacer. Pero queremos hacerlo no como quien conserva un artefacto expuesto en un museo; la pedagogía ignaciana no es una pieza de museo, no quiere serlo, pero es un riesgo el que se convierta en una pieza de museo, como algo interesante, hasta cierto punto, para recordar, pero que no toca lo concreto de mi vida en el aula o el contacto con cada uno de los estudiantes. Si esa tradición pedagógica no es viva, se convierte en tradicionalismo, conservadurismo, fosilización. Nosotros estamos invitados a ser fieles, pero creativos. La verdadera fidelidad se muestra en la creatividad, en poner esa tradición pedagógica al servicio de los nuevos tiempos, útil para los nativos digitales.

Tenemos sin lugar a dudas un compromiso con una identidad, una visión que nace y se nutre de la tradición pedagógica ignaciana. Ahí tiene nuestra labor sus raíces, ese es el terreno que le da firmeza, estabilidad, la alimenta, pero que también le ofrece herramientas, no solo para una sana y fructífera autocrítica, capaz de mantenerla viva, sino también para una lectura crítica, reflexiva, intelectual de la realidad que la interpela. La pedagogía ignaciana nos exige pensar, pensar para comprender y crear nuevos caminos, por eso el compromiso de la educación ignaciana, el compromiso de las instituciones educativas de la Compañía de Jesús, es un compromiso con la profundidad. En ese sentido, me gustaría llamar la atención a un aspecto de la misión que nos toca y que a veces no es bien comprendido, se trata de lo que llamamos el Apostolado Intelectual.

Muchas veces ese tipo de apostolado es comprendido como tarea exclusiva de los centros universitarios o de investigación. Sin embargo, les propongo que ensanchemos esa comprensión. Ojalá toda labor educativa, todo apostolado llevado a cabo por la Compañía de Jesús y por las instituciones que están bajo su responsabilidad sean un apostolado verdaderamente intelectual. En ese sentido, ejercer el apostolado como intelectual significa comprenderlo como un apostolado llevado por personas que reflexionan seriamente sobre lo



que están haciendo, que profundizan en el conocimiento de su realidad inmediata, que se preocupan en comprenderla, quizá con el auxilio de los resultados de la investigación en diversas áreas, y que, finalmente, son capaces de elaborar una palabra con densidad, con sentido, sobre esa realidad y que realmente pueda incidir en la transformación de la misma realidad.

Otra vez me refiero a la Congregación General 36 y su la llamada a la esperanza: *No queremos proponer un esperanza simplista o superficial por el contrario nuestro aporte como insistió siempre el padre Adolfo Nicolás tiene que distinguirse por su profundidad, una profundidad en interiorización, una profundidad en la reflexión que nos permita comprender la realidad con más hondura y ser más eficaces en el servicio.*³

De eso se trata, sin una actitud que sea intelectual, en el sentido original de la palabra, es decir, la capacidad de leer la realidad desde dentro, *intus legere*, ir hacia adentro, ir al fondo, sin esa mirada, nos quedamos en la superficialidad de la existencia y nos dejamos llevar por esta o aquella corriente como un trozo de madera en una tempestad en el mar. Desde ese llamado a que nuestro apostolado sea un apostolado intelectual, entendido como una vida vivida en profundidad, se comprende la dimensión sociopolítica de la labor desarrollada por las instituciones educativas bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús. Esa labor se debe comprender siempre como un servicio a la humanización de la sociedad.

Algo relativamente nuevo en nuestras sociedades latinoamericanas es la transformación de los servicios educativos en productos de mercado. Hoy encontramos muchas ofertas educativas a las que les importa poco la educación; les importa mucho, en cambio, ganar dinero a través de una llamada “oferta educativa”. La educación para nosotros, sin embargo, se comprende como servicio a la humanidad. En la oferta mercantilista, no interesa ese servicio a la humanidad, sino tener un “producto” que se propone a potenciales clientes, cambiando la relación pedagógica por una relación productor-cliente. Las instituciones educacionales se dejan dominar así por una lógica de mercado, entran en una competencia en que la relación entre la calidad y precio muchas veces va en detrimento, por supuesto, de la calidad, porque sabemos muy bien que la calidad educativa es costosa y no solamente costosa en términos económicos, es costosa en la dedicación, es costosa en lo que hay que poner de humanidad, de entrega del educador.

Sabemos muy bien las dificultades hoy día para llevar adelante nuestra propuesta en una realidad dominada por las leyes del mercado. Eso nos afecta. No podemos esconder esa realidad. Sin embargo, como portadores de un mensaje de esperanza, queremos seguir manteniendo una propuesta educativa en la que el ser humano, cada persona -y no el mercado-, sea lo que realmente importa. Esa es una clave irrenunciable de la pedagogía ignaciana. Posiblemente, la mayor novedad de la pedagogía ignaciana es lo que en el lenguaje de la Compañía llamamos “el cuidado de cada persona”, la *cura personalis*, porque cada persona tiene su peculiaridad, y la educación acompaña el desarrollo de cada persona.

³ CG 36, d.1 n° 33



Queremos seguir brindando procesos educativos que, desde la pedagogía ignaciana, permitan la formación de ciudadanos y ciudadanas con capacidad crítica, con una mirada global, que sean capaces, a la vez, de vivir desde sus más profundas raíces culturales, que sean capaces de vivir desde ahí, desde su identidad original, pero abiertos a recibir y contribuir al diálogo intercultural, a enriquecerse y a enriquecer a otros con lo que pueden aportar desde su propio ser cultural. En ese sentido, todo el tremendo esfuerzo que ustedes vienen haciendo para mantener viva y desarrollar aún más la riqueza de las varias culturas, lenguas y tradiciones en Bolivia es merecedor de reconocimiento y felicitación. Hace un par de días, estaba en la escuela de *Fe y Alegría* de San Ignacio de Mojos (Beni). Habría unas cien personas en el aula donde estábamos, y pregunté “¿Cuántas lenguas hablan ustedes aquí?”. Pensaron un momento -creo que contaron en el aire- y dijeron “36”. ¡Una maravilla!, y nos podíamos entender en castellano. Bueno, esa riqueza está ahí, y esa riqueza la tenemos nosotros en nuestras manos, en nuestras instituciones. ¿Cómo mantener esa riqueza y al mismo tiempo ofrecerles a esos estudiantes la posibilidad de comunicarse con el resto del mundo, de tener una visión más grande, de saberse parte de un universo que es plural y que ellos tienen esa contribución específica que dar?

Educación para transformar la realidad

Otro aspecto importante de la labor educativa liderada por instituciones bajo la responsabilidad de la Compañía de Jesús es la preocupación por incidir positivamente en los procesos sociales, tanto los que corresponden a la definición de políticas públicas para la educación, como también en las políticas sociales y económicas. La educación no está aislada. La educación forma parte de un proyecto social. Por eso normalmente cualquier régimen político, lo primero que intenta controlar a su favor, es la educación. Ahí tenemos que incidir. Las instituciones bajo nuestra responsabilidad tienen conciencia de su papel ciudadano en la discusión de los temas que afectan a la sociedad boliviana, y no queremos para nada estar ausentes de esas discusiones, sino aportar como ciudadanos en una actitud de diálogo respetuoso y abierto. Nuestra comprensión de la realidad y nuestras propuestas para mejorarla deben ser parte de ese diálogo de la sociedad. Queremos ser, como dice el Evangelio, *sal de la tierra y luz para el mundo*⁴, y así responder con fidelidad a nuestra identidad, cuyas raíces se encuentran en esa Buena Noticia vivida desde la propuesta de identificación con Jesucristo que nos brinda la espiritualidad ignaciana. Porque la pedagogía ignaciana es una pedagogía que acompaña ese encuentro con el Señor. Hacia allá vamos, y por eso la llamamos apostolado educativo, porque nosotros ofrecemos la posibilidad de un camino, un acercamiento, al liberador, al Señor resucitado.

La tradición pedagógica ignaciana ha sido capaz de asimilar experiencias y sabiduría a lo largo de casi 500 años de existencia, pero además de la extensión en el tiempo, esa misma proyección es fruto de la extensión en el espacio. La experiencia pedagógica ignaciana ha sido probada y

⁴ Mt 5,13



comprobada en prácticamente todas las latitudes y longitudes de nuestro mundo, en tantos lugares y entre tantos pueblos y culturas, que hoy sería imposible enumerar. Ciertamente nació en Europa, pero hoy encontramos esa experiencia pedagógica ignaciana en cualquier rincón del planeta donde haya alguno que se ha formado en eso -jesuita o no jesuita-, y que sabe el valor de la propuesta humanista de la pedagogía ignaciana. Desde ahí, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la pedagogía ignaciana nos abre siempre a una perspectiva universal.

El respeto a la diversidad y el impulso a la interculturalidad nacen de esa identificación con el misterio central de la fe cristiana que es la encarnación de la palabra de Dios en la realidad humana. *El verbo se hizo carne* -dice el Evangelio- *y puso su tienda entre nosotros*⁵, puso su casa entre nosotros, se vino a vivir con nosotros. Cuando los cristianos afirmamos ese misterio, estamos, a la vez, confirmando que a Dios no hay realidad humana que le sea ajena, más aún, que a Dios solo se le puede conocer a través de la realidad humana. *A Dios nadie lo ha visto nunca*⁶; es el rostro del Jesús humano el que nos lo muestra. El hecho de que el hijo de Dios asuma nuestra carne, es decir, lo concreto de nuestra condición humana, nos hace reconocer el valor que esa realidad tiene ante sus ojos, al punto de hacerse uno de nosotros y con nosotros. Es desde esta afirmación positiva de todo lo humano, que podemos -en un segundo momento- tener una actitud crítica respecto a la realidad, reconociendo lo que en ella va en contra de la humanidad, lo que le resta humanidad a los seres humanos y las relaciones sociales entre ellos. La revelación de la humanidad en Cristo nos permite también ver los rasgos inhumanos que en nuestra realidad hemos introducido.

La labor educativa desde la pedagogía ignaciana no podía tener otra manera de aproximación a la realidad. Los *Ejercicios Espirituales* son fundamentalmente una larga contemplación del verbo de Dios encarnado, realizada de tal manera, que esa contemplación lleve a quien hace los Ejercicios a configurarse con Jesucristo, sus valores, sus decisiones, sus elecciones, su modo de proceder con el Padre, con los demás y con toda la realidad. El Jesús que contemplamos es el Jesús *Hijo del Hombre*, humano, que acoge a la humanidad en su fragilidad, pero que es también capaz de levantarse en contra de todo lo que la amenaza o la hiere -lo que en teología llamamos "pecado". El pecado es la inhumanidad, el desprecio de lo humano. Jesús no se encarnó en una humanidad abstracta. Jesús se encarnó en un pueblito de una nación dominada por un imperio, en una familia pobre, sin ninguna distinción social, y ese es el camino que nos propone la pedagogía ignaciana. Si queremos mirar al mundo como Jesús, ese es nuestro punto de vista: desde lo pequeño, con la mirada de los pobres, que es la experiencia -como se ha dicho en la teología latinoamericana tantas veces-, desde el reverso de la historia, desde esa humanidad que sufre la inhumanidad, la injusticia.

Nuestra labor educativa siempre comprendió la tradición ignaciana como un verdadero apostolado. Si quiere ser fiel a su identidad cristiana, debe mantenerse abierta a todos los que colaboran para que haya más *vida y vida en abundancia*⁷, como dice el Evangelio, pero no puede

⁵ Jn 1,14

⁶ Jn 1,16

⁷ Jn 10,10



dejar de *explicitar las razones de su esperanza*⁸, y esas razones las hemos encontrado en el mensaje del Señor, en el Evangelio de Jesucristo.

El modo nuestro de proceder

Volviendo a la perspectiva global de la labor educativa bajo la responsabilidad de Compañía de Jesús, quisiera recordar lo que nos dice la *Congregación General 36* respecto al modo de proceder apropiado para nuestro tiempo. En su decreto 2, se resume el modo nuestro de proceder en tres perspectivas: el discernimiento en común, la colaboración y el trabajo en red. Quisiera comentar brevemente cada una de ellas, porque me parece importante para completar no solamente el concepto de educación que proponemos, sino también cómo la queremos llevar adelante.

“Discernimiento”: imagino que no será una palabra nueva a oídos que están acostumbrados al lenguaje ignaciano. Me imagino que, por lo menos, la hayan escuchado, pues está muy presente en todo lo que tiene que ver con la espiritualidad ignaciana, dado que es una actitud que se espera esté presente en todos los que quieran vivir esa espiritualidad. Se trata básicamente de una constante búsqueda de las señales que el Espíritu va dejando en la vida de cada uno y en la historia. Lo novedoso, si lo podemos llamar así, que presenta la *Congregación General 36* es la insistencia en que la experiencia de discernir no sea vivida solo en el ámbito personal, sino sea un proceso compartido con otras personas. Lo llamamos, por tanto, “discernimiento en común”.

El año pasado envié una carta a toda la Compañía de Jesús sobre este tema y espero que ustedes también hayan tenido o tengan la oportunidad de poderla leer y estudiar. Pero quisiera añadir que para el Papa Francisco el discernimiento no es solo un tema de la espiritualidad ignaciana o de la educación ignaciana, es un tema de la Iglesia. La Iglesia, para que sea fiel a su misión, es una Iglesia que discierne, que encuentra las señales de la presencia de Dios a través del discernimiento.

La segunda perspectiva, propuesta por la *Congregación General* es la colaboración. Aquí en Bolivia, especialmente en lo que significa el trabajo de la red de *Fe y Alegría*, la colaboración no es un deseo, sino una realidad prácticamente desde el comienzo de esa inmensa obra y esa inmensa red. Un número impresionante de congregaciones religiosas, parroquias y diócesis, comunidades indígenas e instituciones del Estado en diversos niveles -municipal, provincial, nacional- participan para que sea posible esa red educativa de *Fe y Alegría*. Trabajan en colaboración entre sí. La colaboración es lo que realmente permite que la propuesta educativa ignaciana pueda llegar a tantos lugares y a tantas personas, somos mucha gente la que coopera que está ahí codo a codo, empeñándose cada uno y cada una -a su medida desde esa realidad e

⁸ 1Pd 3,15



identidad- para que la labor educativa siga adelante, crezca en amplitud, mejore en calidad y produzca frutos todavía más abundantes, sabrosos y maduros.

Sin la colaboración, seríamos un puñado, unos poquitos, luchando cada uno por su cuenta, desde sus propias limitaciones. En colaboración, nuestra fuerza crece, se multiplica, nuestro horizonte se ensancha, nuestra esperanza se fortalece; sin embargo, no podemos simplemente reconocer con gratitud el hecho de que la colaboración sea ya una realidad entre nosotros. Otra palabrita que suena a los oídos ignacianos es el *magis*, que nos invita a buscar más y mejor. Estamos agradecidos por lo que ya hemos alcanzado, pero nos toca no solo mantenerlo y reconocerlo, sino ver dónde, cómo, con quiénes podríamos dar pasos más decididos más creativos -me atrevo a decir más osados- para crecer en la colaboración y así tener aún mejores resultados. La espiritualidad ignaciana es una espiritualidad de la inconformidad, como la del Evangelio: nunca nos quedamos satisfechos con lo que se ha logrado; lo agradecemos como don de Dios, pero nos decimos. “Hemos llegado hasta aquí, pero ¿qué más podemos hacer, cómo podemos mejorar?”

Finalmente, como afirma la misma Congregación General, la colaboración lleva naturalmente al trabajo en Red. El trabajo en educación ya ha dado pasos importantes en ese sentido. Tenemos la gigantesca red de *Fe y Alegría*, la Federación Internacional, que ya ha logrado cruzar el Atlántico. No solamente se ha extendido por toda América Latina. También en los Estados Unidos, hay algunas experiencias de *Fe y Alegría*, y otras semejantes. *Fe y Alegría* ahora también ha puesto sus raíces en África y se ha seguido extendiendo, inclusive ha puesto algunas semillitas en Asia. En el ámbito de los colegios, tenemos la *Federación Latinoamericana de Colegios de la Compañía de Jesús* (FLACSI), pero eso también se va dando en la educación superior. Justo antes de venir a Bolivia, participé de una reunión en Bilbao (España) en la que los representantes de más de 200 universidades confiadas a la Compañía de Jesús estuvieron reunidos para formar la *Red Mundial de Universidades Jesuitas* (IAJU). Hemos crecido, hemos hecho algo, y mucho más se puede hacer.

En octubre del año pasado (2017) estuve presente, en el *Congreso Internacional de Delegados de Educación de la Compañía de Jesús* en Río de Janeiro (Brasil). Fue el primer congreso en que se logra reunir a todas las Provincias de la Compañía de Jesús y a todas las redes educativas vinculadas con la Compañía. Fue un momento riquísimo de encuentro, de tomar conciencia de lo que significa el aporte del apostolado educativo de la Compañía en todo el mundo. Verse las caras en la diversidad fue realmente una gran alegría. Lo más importante de este encuentro es que se formularon unos acuerdos finales para ser llevados a la práctica en todas las Provincias y redes educativas de la Compañía. Se trata de trece acciones propuestas a todos los delegados de educación de la Compañía en el mundo, que se asumieron como propuestas para todos con el respaldo de toda la Compañía.

Tenemos, pues, trece propuestas concretas para realizarlas en cinco años de los que ya han pasado 6 meses, así que hay que apurarse. Me voy a referir únicamente a los cuatro grandes capítulos en que se agrupan las trece propuestas. Si tenemos la suerte de realizar esas trece



propuestas en cinco años habremos dado un paso gigante como propuesta educativa de la Compañía de Jesús al mundo actual.

Un primer bloque de esas propuestas se refiere a la experiencia de Dios, o sea, cómo en nuestros colegios nos proponemos -en estos cinco años- crear las posibilidades, el ambiente para que estudiantes, docentes, trabajadores de nuestros centros educativos puedan tener una experiencia de Dios fundamental.

El segundo, es el bloque que se titula “Tradición e Innovación”, o sea, por donde comencé esta conversación. Cómo vinculamos la tradición de lo que vivimos -que es muy bonita e importante- con la creatividad que nos permita no solamente responder al presente, sino estar un paso más adelante, ver hacia el futuro. Dije también, hace un rato, que ni nosotros -los que ya pintamos canas o los que les queda poco pelo-, pero tampoco los profesores más jóvenes, pero ni siquiera los alumnos de pre-escolar hoy pueden imaginar cómo será su vida dentro de 30 años. Y nosotros tenemos que educarlos para que puedan vivir esa vida dentro de esos 30 años, para que puedan vivir dentro de 30, 40 o 50 años. Ese es el gran reto: cómo hoy dar una educación que permita responder a una vida que no sabemos cuál es. Y eso no es algo que nos separa de la tradición. Con mucha frecuencia, cuando pienso en este punto, recuerdo el libro del Génesis, de la figura de quien reconocemos como padre de nuestra fe, Abraham. Si ustedes recuerdan un poco ese pasaje, Abraham era un Señor ya bastante canoso, ya acomodado, tenía cómo mantener a su familia en buenas condiciones y Yahveh le dice “¡Deja todo eso y ponte en camino!”⁹, y Abraham lo hace. Deja todo lo que había logrado para tener una vida estable y se pone en camino. Entonces pregunta “¿a dónde me dirijo?”, y Yahveh le dice “Ponte en camino, que yo te lo diré”, y así fue una vida en donde el “ya te lo diré” fue apareciendo, y esa es la vida de cualquier proceso educativo ahorita. Nos ponemos en camino hacia donde no sabemos, pero como estamos motivados, movidos por la esperanza, el Señor nos lo dirá, cómo quiera y cuándo quiera. Nos lo dirá, si tenemos oídos, pero no podemos dejar de caminar. Puede ser que lleguemos a un pedacito del camino que nos gusta, una terraza con una espléndida vista de la sierra, y nos queremos quedar ahí. Si lo hacemos, ya la echamos a perder. El desafío es mantenerse en camino.

El tercer grupo de compromisos se refiere al cuidado de nuestro hogar común: “Reconciliación con Dios, la humanidad y la creación”. Creo que una de las asignaturas pendientes de la educación de la Compañía de Jesús es precisamente la relación con el ambiente. Nosotros, los jesuitas y las instituciones de la Compañía de Jesús, hemos escrito posiblemente más de una biblioteca de libros, artículos, etc., sobre ecología y comentarios a la *Laudato Si'*; hemos hecho y dado cursos todo el tiempo, pero nuestras instituciones, nuestras vidas, siguen los mismos esquemas de comportamiento que contribuyen al deterioro del ambiente, con significativas excepciones. No hemos encontrado todavía un modelo educativo y de vida en equilibrio sano con el ambiente. La reconciliación con el medio ambiente es una tarea importantísima, prioritaria, que no sabemos exactamente cómo hacerla; pero cada día que pasa, se pone más a

⁹ Gn 12,1



riesgo la vida del Planeta, se arriesga diariamente el futuro. Ahí tenemos una tarea desafiante y apasionante. La reconciliación entre nosotros también es importante. Vivimos en sociedades heridas, sociedades llenas de violencia, llenas de injusticia, en la que tratamos de incidir para lograr la reconciliación entre personas y pueblos. Ese es el camino que nos lleva a la reconciliación también con Dios.

Y el último capítulo -el cuarto de ese bloque de trece propuestas- se titula “Enviados a una Red Global”, o sea, es el empuje a enredarnos todavía más, a que realmente le saquemos todas las ventajas posibles al hecho de ser una institución que se conecta con todo el mundo, que cuenta con muchas experiencias para compartir y ofrecer. Hace unos meses, visité una isla del Asia Meridional que se llama Sri Lanka, que, como ustedes saben, sufrió una guerra civil por motivos étnicos por más de 30 años, en la que murieron millones de personas. Ahí me encontré con dos realidades educativas que me golpearon mucho. Una, 120 escuelas en red al norte la isla -que fue la parte que más sufrió. Era una red de escuelas primarias, iniciativa de las viudas de las víctimas de la guerra. O sea, las mujeres viudas que dijeron “a nuestros hijos, ¿qué les vamos a dar, si no tenemos los papás?. Bueno, tenemos la educación.” Y se organizaron y, con el apoyo de la iglesia, de los jesuitas, tienen ya una red de 120 escuelas. Pero también, hay una red para la educación universitaria a distancia. Participé en uno de los primeros actos de graduación en el cual los estudiantes recibieron títulos universitarios, algunos avalados por universidades norteamericanas, otros por universidades europeas; pero recibieron su título universitario en Sri Lanka gracias a la red. Son dos ejemplos que parecen pequeños, pero son de una inmensa significación. La sonrisa de un muchacho o muchacha recibiendo su título universitario gracias al trabajo en red vale todo el esfuerzo que estamos haciendo.

Concluyo estas palabras haciendo lo que hacían los maestros conmigo en el colegio: “una tarea para la casa” -no nos dejaban en paz... Y cuando llegábamos a la casa, mi papá o mi mamá preguntaban: “¿qué tarea tienes para hoy?, ¿Ya la hiciste?”. Aquí va la tarea: estudiarse las trece proposiciones para los próximos cinco años; conocerlas y desarrollar el programa para ponerlas en práctica, porque cada institución las puede hacer. Posiblemente algunas instituciones están viviendo algunas de ellas, pero pueden mejorar y pueden aprender de otros. Así que ahí les dejo esa tarea y termino con la palabra que resume tantas cosas: ¡Gracias!, ¡Gracias por tanta generosidad, cariño, fe y esperanza!

Arturo Sosa, S.I.



PREGUNTAS y CONVERSATORIO

1.

¿Cómo hacer un trabajo en Red con otras obras de la Compañía de Jesús en el mundo?

¿Los trece desafíos desde la pedagogía ignaciana, cómo se articulan con los objetivos de desarrollo sostenible de Naciones Unidas?

¿En qué forma nos adecuamos para ser inclusivos con las nuevas generaciones que presentan cierta deficiencia que no requieren una educación especial, pero más atención?

Comienzo con la última pregunta, que es muy importante. Uno de los desafíos es cómo mantener esa puerta abierta, cómo mantener las puertas abiertas a todos en nuestras instituciones, porque la dinámica nos puede llevar en otra dirección. O sea, las escuelas que nacen para pobres, terminan siendo escuelas para gente de clase media. Escuelas que nacen para que todo el mundo pueda entrar, terminan siendo escuelas solamente para los que tienen algunas capacidades y pueden superar las dificultades. Ahí hay un desafío para el cual no hay ninguna receta porque creo que cada caso es distinto. Creo que hay un desafío primero en la administración de recursos, porque, obviamente, mantener esas puertas abiertas es costoso, porque es tomarse muy en serio lo que antes mencioné como una característica de la pedagogía ignaciana: la atención a los casos, a cada persona. Se trata de reconocer cuáles son las posibilidades y las potencialidades de cada quien. Y eso requiere personas que los atiendan, espacios, y ahí los recursos no siempre alcanzan. Entonces -repito- no hay recetas, pero no podemos renunciar a eso. En todos los niveles, es un desafío desde el pre escolar hasta la universidad. O sea, cómo incluimos a personas que tienen tantas diferencias. Gracias por poner ese tema sobre la mesa porque me parece que es muy importante.

La articulación con los *Objetivos del Milenio* de las Naciones Unidas no siempre se hace explícita, pero está. No siempre hay una articulación explícita, en algunos casos sí, pero ciertamente son convergentes, porque nosotros, desde la mirada de los pobres -como antes dije- pretendemos acabar con la pobreza, y los objetivos del milenio fundamentalmente son eso. Los *Objetivos del Milenio* quieren lograr una vida digna para todos, lo que es un desafío también muy grande, o sea, cómo nuestras instituciones educativas generan personas comprometidas con la transformación social. En las universidades de la Compañía, se ha hecho bastante común el lenguaje de que la universidad es un proyecto de transformación social, porque nosotros queremos que nuestros egresados de cualquier nivel educativo no se reconozcan porque son muy buenos en matemáticas o muy buenos investigadores o porque saben leer en cuatro idiomas, sino por su calidad humana, en primer lugar, por su compromiso ciudadano y porque son capaces de poner lo que saben y lo que son al servicio de esa vida digna para los todos los seres humanos.



Y cuando la Congregación General dice que la colaboración debe llevar al crecimiento en las redes es precisamente porque es la manera de multiplicarse. Ahí cuando nosotros nos ponemos a examinar, nos encontramos que podemos mejorar todavía mucho las redes que existen. Está la de *Fe y Alegría*, sin embargo, *Fe y Alegría* puede crecer más hacia adentro, puede crecer bastante como red. La cuestión es cómo enredar todavía más, cómo colaborar todavía mejor dentro de las propias redes. Esto lo puedo decir también de FLACSI, lo puedo decir de las universidades, etc.: tienen que mejorar internamente para poder relacionarse con otras redes. Ahí también hay un campo inmenso. Un requisito para poder hacer eso, es que lo incorporemos de tal manera en nuestro modo de hacer las cosas, que de verdad le dediquemos tiempo, personas, energía, recursos a las redes. A veces tenemos un cierto pensamiento ingenuo, en el sentido de decir que las redes son cuestión de tiempo parcial o tiempos libres, pero no es así. Si queremos realmente ser eficientes, hay que dedicarle personas capacitadas y tiempo suficiente. Ese es un examen que toda institución tiene que hacer: si estamos dedicándole los recursos y las personas necesarias para el trabajo en red y para que el trabajo en red rinda los frutos del trabajo que tiene que rendir.

Ese camino nos debería llevar a mejorar las relaciones entre las instituciones que tienen alguna vinculación con la Compañía de Jesús, pero el sueño va más allá todavía. Hay tantas personas que coinciden con los objetivos de la Compañía de Jesús. ¿Por qué no colaborar también con otros? ¿Cómo nos enriquecemos con los que otros hacen y cómo los enriquecemos a ellos? Las posibilidades de las redes abren nuevos horizontes a esa posible colaboración.

2.

¿El rol de la Compañía de Jesús en la innovación científica? ¿Participación de la mujer?

¿Qué posibilidad como Latinoamérica para adaptar las estrategias de educación de otras experiencias como la de Barcelona?

¿Después de estos días que pasó en Bolivia, con qué se va?

El tema de la ciencia es un tema que me preocupa personalmente, y lo he tratado de predicar a los jesuitas jóvenes y a los responsables de la formación de los jesuitas, de no descuidar la formación científica de los que tienen esa vocación y esas posibilidades, y hay algunos. En el pasado, era un contexto distinto. Me tocó, por las responsabilidades que tenía antes de ser elegido como General, tener contacto permanente con el observatorio astronómico que tiene la Compañía de Jesús en el Vaticano, y ahí hay un grupo de 15 jesuitas científicos jóvenes. Hay un par de más veteranos, pero la mayoría es gente joven, incluso gente joven de diversos continentes. Hay un africano del Congo al que le pregunté un día “¿cómo es que tú terminaste de astrónomo?”. Y me dijo: “porque con el Provincial, cuando yo estudiaba filosofía en la formación de la Compañía, hablamos de mi gusto por la física, y él me preguntó ‘¿por qué no estudias astronomía, porque hay un observatorio astronómico de la Compañía?’”- y el escolar dijo- “¿por qué no?”. Y ahora es uno de los astrónomos. Esto les cuento a los provinciales



muchas veces, porque depende mucho del “olfato”, porque un científico no se forma en seis meses, es un proceso muy largo. Pero bueno, hay que descubrir esas capacidades y hay que fomentarlas. También muchas veces digo que la vocación de los jesuitas no es hacer de capellanes de las universidades o capellanes de los colegios. La vocación de los jesuitas, desde la tradición, es estar en el aula, estar en el laboratorio, creando conocimiento, investigando y creando junto con otros. Esa vocación tenemos que mantenerla en todos los ámbitos. La vocación científica es importante y creo que hay que fomentarla.

Sobre el tema de la mujer, no sé si estoy completamente de acuerdo con su diagnóstico. Si yo veo el trabajo educativo de la Compañía de Jesús hoy, lo que llamamos “el cuerpo apostólico” está formado en gran medida por mujeres, más aún si yo hago una lista de cuántas mujeres están en puestos de responsabilidad en las redes educativas de la Compañía. Prácticamente están en todos los niveles, y eso va a crecer, porque realmente es un aporte -como usted lo definió- carismático y realmente importante. Creo que todavía tenemos un camino largo que hacer en ese terreno, en brindar de verdad espacios sociales, en la iglesia, en la Compañía, a la mujer para que su aporte sea todavía más importante, pero ya está en marcha y es un proceso que yo creo que no se va detener.

La experiencia de Barcelona y otras que hay en el mundo, por supuesto que se pueden aprovechar. A eso me refiero, cuando hablo del trabajo en red: aprovechar todas esas cosas que se generan en otras partes para poderlas hacer. No se trata de que otros hagan lo que nosotros tenemos que hacer. Como usted dijo, vamos a inspirarnos, vamos a adaptar, a buscar, a compartir. La red es para compartir lo que hacemos, para compartir modelos, para compartir los materiales, las experiencias y para multiplicar. Así se evita repetir los trabajos, para no volver a descubrir la rueda. Si ya la descubrieron aprendamos a usarla. Entonces, en eso las posibilidades son todas las que ustedes quieran, pero no lo puede hacer nadie, si no lo hace quien está en el terreno.

¿Qué me llevo de Bolivia? Bueno, me llevo el cariño que está ahí representado en la gente que me ha recibido con tanta apertura. Me llevo la experiencia de conocer sitios y personas de una enorme riqueza que no conocía. Una cosa es leer sobre la multiplicidad étnica de Bolivia, y otra cosa es verla, otra cosa es intercambiar, aunque sea un ratito. Esa es la principal riqueza de la experiencia de encontrar a la gente en su sitio.

Una de las tareas más difíciles para un Superior General de la Compañía de Jesús es precisamente esa: conocer la Compañía. Porque aunque hace 52 años que entré al noviciado de la Compañía de Jesús, he pasado 48 en Venezuela. Conozco, pues, Venezuela, bastante bien, aunque en los cuatro años que no he estado allá, las cosas han cambiado bastante. Entonces, este esfuerzo para mí es un esfuerzo sabroso, exigente, porque Compañía de Jesús está en más de 120 países, son 80 provincias, pero de verdad lo que me llevo de aquí -como lo que me llevé cuando visité Sri Lanka- es eso, realmente los rostros de la gente, las experiencias.



Yo tengo que recibir todos los años informes. Eso es parte de la Compañía como cuerpo, una cantidad de información y de comunicación. Pero no es lo mismo cuando tú lees una carta o lees un informe y puedes identificar el sitio o algún rostro detrás, que cuando simplemente tienes el informe. Esa conexión humana yo creo que no se pierde, eso es una inmensa riqueza que la agradezco de corazón.

3.

Sobre la expresión “en tiempos de Jesús no había grabadoras” ¿qué connotación sobre la tradición de los textos y la actitud menos apegada a los textos?

¿Cuál sería el aporte de la juventud a la educación y cuál su mensaje para ella?

Nunca me imaginé que la imagen de la grabadora se haría tan popular. Pero valdría la pena poner en contexto esa expresión. Un periodista hizo una relación a un Cardenal que en ese momento era el Jefe de la Congregación de la Doctrina de la Fe y que había afirmado que nadie podía cambiar las palabras de Jesús. Bueno, yo dije: “estoy de acuerdo completamente, nadie puede cambiar las palabras de Jesús, pero conocer la palabra de Jesús no es tan fácil porque no había una grabadora que las registrara.” O sea, las palabras exactas de Jesús, nosotros no las recibimos directamente, las recibimos mucho después, a través de la tradición oral y los textos del Nuevo Testamento.

Lo primero que aprendí en la Universidad Gregoriana en mis estudios de Teología fue eso: nadie tiene el texto de Jesús. Jesús no escribió, y entonces no había periódicos, diarios, o sea, es una verdadera tradición. Los primeros textos que se escribieron fueron las cartas de San Pablo y, mucho después, los Evangelios. Pasaron más de 50 años entre las palabras de Jesús y los primeros escritos. Por supuesto, que nosotros reconocemos que los Evangelios son las palabras de Jesús. El tema -y ahí se mezcla la exégesis con mi formación en historia de las ideas políticas- es el tema de los textos y contextos, o sea, ningún texto en sí mismo encuentra sentido, los textos siempre son un diálogo. Jesús habló para algunas personas. Cuando alguien escribe, escribe para alguien y escribe en un momento preciso que hay que conocer. Entonces, la exégesis lo que permite es conocer exactamente lo que dijo Jesús y el contexto en que lo hizo.

El tema es que conocer la verdadera tradición textual exige un esfuerzo intelectual muy fuerte. Para entender un texto y su contexto y para ver cómo eso llega a nosotros. Para eso es que hay que hacer un trabajo intelectual sistemático importante y así llegar a conocer lo dicho por Jesús. Entonces, nosotros no estamos apegados al texto. Lo sagrado no es el texto. Lo sagrado es la palabra de Dios, y accedemos a ella a través del discernimiento. Eso supone una actitud tanto espiritual como intelectual en el caso de los textos bíblicos. Si uno agarra literalmente algunos textos de la Biblia, puede encontrar barbaridades, pero hay que entenderlos. Por eso me parece que el Papa Francisco insiste tanto, por supuesto, en el conocimiento de la palabra de Dios, pero también en el discernimiento. La palabra sin discernimiento no es posible, y el discernimiento no es posible sin experiencia espiritual. Y la comprensión de la palabra no es posible sin



formación intelectual. Eso es parte de lo que hay que ofrecer en nuestra experiencia educativa, todo ese complejo.

Sobre la juventud, el gran aporte de la juventud es la novedad y la creatividad. Son los jóvenes los que nos están obligando continuamente a repensar las cosas, y eso es una gran riqueza. Yo creo que una de las grandes satisfacciones de cualquier persona que le dedica la vida a la educación es estar siempre en contacto con el mundo joven. Eso la mantiene viva, alerta. Tiene posibilidades de vivir creativamente.

Voy a darle este mensaje a la juventud para que se acuerde que eso pasa: nadie es joven eternamente, o sea, es una etapa. La juventud es un periodo de la vida muy lindo. Un periodo de la vida en el que se toman decisiones que van a marcar el futuro de cada persona, y que cada persona puede contribuir a la sociedad. Entonces, ¡aprovechen esa etapa!, que no regresa. Y lo que no se hizo, no se hizo. No se puede echar para atrás. No hay cosa más fea que un viejo que quiera ser joven. Entonces a los jóvenes mi mensaje es ¡sean jóvenes! y aprovechen esa etapa con todo lo que tienen, y esperemos que nos ayuden a ser más creativos a los que ya no somos tan jóvenes.

¡Muchas gracias!

Arturo Sosa, S.I.